Cubanos patriotas en Centro América

Por Rafael Heliodoro Valle

(*Fragmento*)

Tengo en mi tesoro iconográfico la imagen de dos figuras cuyas almas fueron gemelas en la amistad: las de Palma y Leonard. Finos "gourmets", exquisitos fumadores, soñando siempre sueños imposibles; el cubano y el polaco aparecen de nuevo en la autobiografía de Darío, exornadas las canas de jóvenes abuelos con el prestigio de los recuerdos que los truecan en viejos-juveniles; Máximo Soto Hall—hermano de Marco Aurelio y periodista de "La Prensa" de Buenos Aires—y Timoteo Miralda, mis amigos para toda la vida.

De Nicaragua pasaron a Costa Rica en 1892 Antonio Maceo y sus hermanos Tomás, José y Elizardo, Flor Crombet, Juan Rojas, Arcilio Guía y Pedro Pic. Pudo Maceo obtener, gracias al contrato oficial con el Estado costarricense (13 de mayo 1891), que los dejaran instalarse como colonos agrícolas, y fué "La Mansión" en Nicoya de Guanacaste, el centro de aquel núcleo cubano que trabajaba, soñaba y confiaba.

El primero de julio de 1893, el editorialista y poeta Pío J. Víquez, saludaba desde "El Heraldo de Costa Rica" de la capital josefina, la llegada del ilustre viajero José Martí, y poco después el periodista hondureño, José María Gutiérrez, le daba la bienvenida con palabras que reflejan la emoción de quien era nieto e hijo de soldados liberales—el español que llevó su nombre y don Enrique Gutiérrez, en quien Soto había depositado la Presidencia de Honduras—y, por ser quien era, había sido amigo de cubanos. El 5 de julio de aquel año, Antonio Zambrana, daba en el Colegio de Abogados de San José una conferencia, en cuyo auditorio estaban los tres mejores oyentes que pudo tener como tribuno: Martí, Maceo y Mauro Fernández, el educador cuyo nombre en Costa Rica sólo puede ser pronunciado con respeto y reverencia. El siete daba Martí una conferencia, que duró dos horas—Agustín Luján me habló de ella alguna vez—en la escuela de Derecho. El 30 de mayo del 94. Martí escribía desde Nueva Orleans a José María Aguirre, el distinguido periodista hondureño más popular, como "El Gaucho Aguirre" y célebre por su amistad con Marco Aurelio Soto. En alguna ocasión éste pidió al señor Aguirre, que era su huésped consentido en el palacio de Tegucigalpa, le hiciera el honor de pronunciar el discurso oficial en las fiestas cívicas del 15 de setiembre, y con qué asombro pueblo, funcionarios y Presidente, escucharon duros ataques del orador contra la "tiranía" de Soto.

—Señor Aguirre—díjole Soto al día siguiente, a la hora de los manteles largos—, es increíble que usted, amigo mío, me haya atacado en forma tal, llamándome tirano ...

—Pero, Marco Aurelio, yo creía que eras un hombre inteligente y me has decepcionado: todos saben que soy tu amigo íntimo, que soy tu huésped, y saben más aún, que eres un dictador; pero para que siquiera haya la apariencia de que en Honduras el pensamiento es libre, he hablado así...

Tal el amigo hondureño de Martí, que tuvo ingerencia en la revolución cubana. Sus cartas con Martí se han extraviado, como también el drama histórico de éste sobre "Morazán", que se da por perdido en Guatemala, al igual de la biografía de Morazán por Ramón Rosas, el otro gran hondureño cubanófilo. En estos días Honduras se prepara a celebrar el primer centenario de la muerte del paladín, que tanto admiraron el "panterista" liberal Martín Barrundia y Lorenzo Montúfar, tribuno y exaltado morazanista, que fueron admiradores de Martí en Guatemala.

Y continúa el itinerario que trazó Carlos Jinesta, ayudando a nuestra evocación: Enrique Loynaz del Castillo, fué enviado por Martí desde los Estados Unidos a Costa Rica en mayo del 94, como lo hizo en diciembre de 1894 con Alejandro González. "Avisa a Maceo que en embarcación por arribar, cerca de Limón, mandaba armas disfrazadas de herramientas de agricultura, cuatro barriles, tablones para una balsa de desembarco y botes, uno de treinta pies. El barco cargado de carbón para veinticinco días y provisiones abundantes. También hachas para romper algunas cajas en tierra y un mapa de la costa Sur de Cuba. En enero de 1895, Antonio Maceo y Flor Crombet debían salir de Costa Rica en el barco "Amadis" hacia Santiago de Cuba, con el objeto de invadir la isla... La expedición marchaba del puerto de Fernandina, en la Florida. En el barco "Baracoa" iban Serafín Sánchez y Roloff. En el "Lagonda", Máximo Gómez y José Martí. Pero este plan fracasó por la denuncia y malignidad de Fernando López de Queralta. Estaba listo para zarpar el "Lagonda" rumbo a Centro-América, cuando el departamento de Hacienda de Washington ordenó la detención y registro del vapor" (1). ¡Oh!, nombres, Galatea, Amadis, entrelazados a una de las más amorosas y heroicas aventuras de la Historia de América!

Pero aquellas angustias pasaron. Pasaron aquellos días desagradables, en que José Maceo y Flor Crombet iban a matarse por una mujer, cicatrizó la grave herida que Antonio Maceo recibió en la espalda, al salir del teatro de San José, de un español enfurecido a causa de un editorial de Loynaz del Castillo en "La Prensa Libre" (8 de noviembre de 1894), que se titulaba "Bandolerismo en Cuba". Todo eso pasó. En febrero del 95 estalló la revolución cubana. "Martí remitió a Maceo—dice Jinesta—seis mil pesos, para que se embarcara con sus bravos en una cáscara o en un leviatán, pues urgía su contingente. La isla estaba en guerra. Martí encareció abandono de todo; menos de la idea de subir al tren y a la mar. Los ciudadanos residentes en San José debían bajar a la costa. A Julio Lassús, cubano empleado, con puesto importante en la Aduana de Puerto Limón, se le mandaron en tres cajas, veinticinco equipos" página 41).

Eran terribles tiempos para Centro-América. No estaba ésta como en la época de Soto, de Rosa y de Gutiérrez, para prestar a los cubanos un arma o brindarles un céntimo. Domingo Vásquez en Honduras, fusilando infelices al son del vals *"Sobre las Olas"*, se desesperaba por tener a raya a los liberales que al fin le derribaron; José María Reyna Barrios, Presidente de Guatemala, que los había conocido y tratado cuando era jefe del Estado Mayor Presidencial de Soto, se entregaba a disipaciones y otros excesos; y dos hermanos inicuos, trai-

(1) "José Martí en Costa Rica," por C. Jinesta, San José, 1933. P. 40.

dores hasta la raíz—Carlos y Antonio Ezeta—se agarraban con todas las energías de sus uñas a la Presidencia efímera de El Salvador.

Pero hay una figura de cubano que pasó más tarde por el escenario político de Centro-América: Esteban Borrero Echeverría, a quien la Junta Revolucionaria de New York, nombró a fines de 1897 agente especial ante los Gobiernos de Costa Rica y El Salvador, y ya en enero de 1898, en compañía de sus hijos, Dulce María y Manuel, llegó a San José, organizando a los revolucionarios que había en Centro-América, y emprendiendo actividades como médico y cirujano, catedrático y conferenciante, periodista y farmacéutico. Cuba en armas tenía en Costa Rica a una de sus secretarias más graciosas, Dulce María Borrero, que ya por entonces se asomaba al balcón de madreselvas de la poesía.

Casi todos regresaron a la isla de luz y de amor; pero ya no volvieron ni Juan Rius Rivera, a quien conocí consagrado a negocios particulares en el puerto hondureño de La Ceiba; ni tampoco el maestro Flores, ni el gran tribuno Antonio Zambrana, que prefirió quedarse en San José de Costa Rica, derrochando los últimos oros de su palabra, por la que pasaron fantasmas de islas y de números griegos. Diré del Maestro Flores, que desde febrero de 1866 hasta el agosto de 1891 se quedó a vivir en Juticalpa, entregado a la enseñanza del dibujo y de la caligrafía (2), y nadie mejor le ha evocado que Froylán Turcios recientemente en sus memorias.

Pero los cubanos que se marcharon de Costa Rica han seguido viviendo la vida de regreso triunfal, ya para quedarse por siempre, que han tenido los hombres que vivieron, sufrieron y murieron para la grandeza de América y la dignidad del hombre. Es Martí el predilecto, el que tenemos muy cerca de nuestra devoción, ¿En dónde no le quieren? ¿En qué tierra americana por donde pasó, en qué piedra donde se detuvo a soñar sin reposo no está su huella? Vivió en Guatemala, pasó como fantasma por Honduras, fué a Costa Rica. Darío y Domingo Estrada le erigieron, en perfil numismático, en prosas resplandecientes, lo más digno que para él hallaron en la palabra. Muchos de sus amigos son nuestros amigos y cuando de ellos hablan sólo es para proclamar su grandeza. Los evocamos ahora, olvidando la parte impura del hombre, porque hombres fueron y su hombredad nos encanta más que su mito. Quietas están las espadas de Maceo y de Gómez, sosegada la voz de oro de Zambrana, marchitas muchas de las rosas románticas de Palma, y hasta de las palabras de Martí, muchos se desentienden, por más que las repiten; pero mientras en América haya paladines que sufran y mueran por la verdad, que luchen contra la injusticia y la mentira; mientras la América—tan ancha— no sea tan dulce para todos los que en ella viven y padecen, mientras siga la lucha por la dignidad del hombre, por hacer limpio el mundo, ellos que odiaron, que pecaron, pero que también amaron y sufrieron, seguirán viviendo y enseñándonos cómo se sufre y se odia, se sueña y se ama.

La Habana, junio de 1941.

(De "Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales" de Tegucigalpa, Honduras. Tomo XX Nov.).

(2) "Don Francisco de Paula Flores", por Fernando Figueroa. En "*Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*". Tegucigalpa, 31 de julio de 1939.